



"La muerte no existe"

Por Sara Vial

Ventintiséis años, pienso. Ventintiséis años, como el reflejo de una estrella errante cruzando el infinito firmamento. Sigue vibrando, como si ayo estuviera flotando entre de un ancho charco de pedras en Isla Negra, sus peces echados a los pies, la pipa compuesta y una novela policial en la que entre sus manos. Por los muros del living con aire de heno, flutaban en los aires sus cuadros de antiguos señores, sus fotos muscadas lo rodeaban como un coro de "ángels del mar". Ángels de madera que colgaban de graciosas cuerdas marplatenses. Dueron las policromías con el pecho desconectado y el cabello pando en la frente. Y la pequeña María Celeste, con su mirada oscura y sus ojos de cristal, que desmenuzaban lágrimas. Yo nunca la vi. Pero fue la primera que me dijo cuando vivió en casa por vez primera. Me llevó a ella directamente. "En las aserrios, lleva lágrimas de verdad", me aseguró. "Señora de rosas", pensé instantáneamente, pensando en el calor de la chimenea desmenuzando el olor de la estufa de paja. Pero, menos mal, nada dijo.

VENTINTISÉIS AÑOS, Y MAS ATRAS. 1977

Estábamos sentados al pie de la Mesita, la más alta de los matorrales, sus reveses del mar. La banca de piedras redondas, rodeada de rocas, meciendo el viento salado del mar, al pie de la estufa clásica y monumentalizada sobre las rocas, como el destello del viento del mar. La banca al viento, cabellón en un momento. "¿No se parece a Gabriela Mistral?"

De todo lo que tal vez hablémos, sólo regresa esa frase eternamente, esta atmósfera en los ojos que se le encorvaban cuando ría. Lo demás se lo llevó el fuerte viento.

Su casa llena de gente. De amigos que venían del mar y del norte, de más allá del mar, de todas partes. Los apellidos de alabazas marchados a los que le quedaba el peso de la historia entre sus sillas. Todos allí, como si nada. Como si la vida fuera eterna. Como si al no necesitar hablar para que todos sintieran que conversaba con todos. La mesa larga de madera en el jardín aún marino, con jarras de guala chiliana colgando de chichas con frutillas o naranjas, las pequeñas jarras de Quinchamal con sus vasos oscuros y delicosos como ellos. Los paños de mármol,

los dedos silbaban adentrando la mesa interminable. No importa si eran cumpleaños, víperas de año nuevo, bautizos de muscadas con agua de mar, estreno de nuevas librerías que mantenía misteriosamente ocultas hasta la hora señalada. No importa que la mañana fuera amaneciendo con su sol radiante hasta el atardecer, que el haber desayunado por cualquiera razón digna de Alicia en el país de las maravillas, porque todo podía suceder... menos que él no se ocupara a dormir su siesta. La fiesta seguía. La fiesta era que él dormía, y la fiesta proseguía con sus cantos, su aullido a medio terminar o comenzar, el vino chileño corriendo de mano en mano, una que otra poesía diciéndose a ritmo como el sol se bañaba en el mar, en breves horas, porque "estamos perdidos en el centro del sol, y camuflado anochecer", ha escrito un premio Nobel italiano, Salvatore Quasimodo.

Pero las noches de ese Neruda que aparecen que la muerte, se encienden como arbores de Pausanias. Muchos siglos han habido recorriendo los caminos del viento que bajaban hasta la casa, con trépidos vuelos de halcón en cuyo interior un velozmente luchaba contra el viento de la noche, sin apagarlo. Lo veo una de esas noches, de heno, trae regios, chichas rías, chupetillas azules, ancho sombrero, sacando chicha en el flor del Follero. No contaba. No era la Taberna Alberto Rojas Estremer, sino una de las tabernas de colores, en el pie bajo de la casa de Isla Negra. Era una especie de barrococinado, al que animaron un mesón parecido a los de los cantones de Valparaíso, junto a la entrada, a la izquierda, del gran portón. Por eso lo que se había allí era sólo el trazo del estrobo. Y allí está él, más alto todavía con los tacos de las botas de heno, recibiendo como un señor rural, entre serio y cóctico, porque no era de los que se ría por todo y más bien prefería hacer estas cosas con aspecto de seriedad, y recibir sus visitas, cuando era el cumpleaños, como un niño grande, excediéndose de todos los ríos, para después distraerlos con su burla, con le seguía todos los ríos, los senderos, las entradas marplatenses cuando se colocaba la capa negra y carmel del doctorado de Oxford en las fiestas de dulces.

Por eso también lo estoy viendo con su bata del Tibet, color ámbar, igual a la que Lucía Miguel Serrano cuando fue Embajador de la India, y también se retrataba bajo un quitón enorme en sus batas respectivas, por lo que nada tiene de raro que ella haya sido obsequio del escritor que ahora tiene una casa-cuñal en la isla del conde Niño, cerca de la plaza Bonampak. Pero ahora esto cerro produce tiene tal aroma de televisor, que lo mejor es olvidarlo a la pasadita no más. Aunque Neruda lo admiraba, conocía sus paros al mar, sus antiguos caudales en el mar y no temía nunca de preguntarle porque el poeta Pierre Leif se llamaba Pierre Leif. Y si ya, por ahora, "conceda algún otro cerro fuera del mar".

Su sentido del humor era de este estilo y es por eso que cuando pienso en su muerte, lo que aúdo a mi memoria, es en vez de su tristeza, es su alegría, era alegría pura con la que gustaba embriagar a sus amigos y amigos, que los tenía también a montones, pues su receptividad de la sociabilidad de la mujer, era especialmente grande, provenía de una especie de ternura que se hacía patética en el amor por su hermana Lucía Reyes. (que recibió su último día en la página 10)

Al cumplirse 26 años de su muerte ocurrida el 23 de septiembre de 1972, la seriedad del poeta se refleja en esta pensativa imagen.

61 Marquillo, Valparaíso, 26-IX-1999 p. C13 C10

588402

"La muerte no existe" [artículo] Sara Vial

Libros y documentos

AUTORÍA

Vial, Sara, 1927-2016

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"La muerte no existe" [artículo] Sara Vial. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile